

PAZ EN LA GUERRA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Alberto Rey Domercq

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

1- PRESENTACIÓN DE LA OBRA. PAZ EN LA GUERRA EN LA VIDA Y OBRA DE MIGUEL DE UNAMUNO.

Paz en la guerra, la primera novela de Unamuno, se publica en 1897, en un momento en el que la novela histórica está en boga. El autor no ha elegido un tema remoto sino que ha centrado su interés en un acontecimiento reciente, la última guerra carlista en el País Vasco. Unamuno ha vivido este acontecimiento y la obra constituye un compendio de recuerdos de su infancia. En efecto, *Paz en la guerra* está impregnada de biografía unamuniana. Así lo reconoce el propio escritor cuando en el prefacio a la segunda edición (la de 1923) escribe:

“... Aquí, en este libro –que es el que fui– encerré más de doce años de trabajo; aquí recogí la flor y el fruto de mi experiencia de niñez y de mocedad; aquí está el eco, y acaso el perfume, de los más hondos recuerdos de mi vida y de la vida del pueblo en que nací y me crié; aquí está la revelación que me fue la historia y con ella el arte ...” (1)

A través de los personajes de Ignacio y de Pachico podemos seguir la evolución del autor, su tránsito de la infancia a la madurez; en este tránsito las creencias y los apasionados sueños juveniles dejan paso a las pausadas reflexiones de un hombre maduro. El idealismo entusiasta de Ignacio choca con el realismo frío de Pachico. En esta primera novela se encuentra resumida toda la experiencia vivida por Unamuno en sus treinta años de existencia.

Antes de publicar esta novela, Unamuno ha editado numerosos artículos. El estudio de estos artículos nos permite determinar cuáles son los temas que interesan al autor durante esa época. Se muestra comprometido con las ideas socialistas que defiende en sus artículos escritos en el periódico *La lucha de clases*. También muestra su interés por el devenir de Bilbao (2), su ciudad natal, con la que mantiene una fuerte relación aunque viva en Salamanca. El entusiasmo por el “regionalismo vasco” (3), a menudo ligado a recuerdos de su infancia, constituye otra de las carac-

terísticas del pensamiento del joven Unamuno. Es partidario de una organización descentralizada del Estado y defiende la autonomía vasca.

En los ensayos que publica en esa época (*En torno al casticismo*, 1895; *La vida es sueño*, 1898; *La crisis del patriotismo y civilización y cultura...*) el escritor bilbaíno denuncia las causas de lo que él define como “*el marasmo actual de España*”. Según Unamuno, el peso del pasado es en parte responsable de la situación presente, por tanto, intenta buscar en la historia una explicación del presente y una guía para el porvenir. Atribuye un sentido nuevo a la tradición, más allá de las opiniones de tradicionalistas y liberales. Intentará determinar lo que es característico de España a través del estudio de Castilla. Deplora la mediocridad del pensamiento contemporáneo en su país y la ausencia de una juventud intelectual vigorosa.

Todas estas ideas e inquietudes aparecen también reflejadas en *Paz en la guerra*. Esta primera novela es en ese sentido una síntesis de sus escritos anteriores y contemporáneos.

2- ARGUMENTO Y ESTRUCTURA DE LA OBRA

Unamuno en esta novela nos muestra como hemos dicho, sus recuerdos de infancia a través del relato novelado de unos hechos que marcaron el devenir de su ciudad y del país en el último tercio del siglo XIX. En efecto, la obra es una narración de la segunda guerra carlista y más concretamente del sitio al que sometieron las tropas carlistas a la ciudad de Bilbao. Adopta un orden cronológico y aparece dividida en cinco capítulos. El capítulo primero constituye en cierto modo una introducción en la que Unamuno nos traslada los sucesos más importantes ocurridos antes del estallido de la guerra. La guerra comienza en el segundo capítulo. El tercer capítulo es la parte central de la novela y en él se narra el sitio de Bilbao y la resistencia que esta ciudad opone a las tropas carlistas. En el capítulo siguiente se dedica al estudio de la guerra en Bizkaia hasta la liberación de Bilbao. Finalmente, en el quinto y último capítulo encontramos la descripción de las últimas operaciones militares y un balance de las consecuencias de la guerra.

Hace un estudio histórico de la segunda guerra carlista, situando la acción en su provincia de Bizkaia. Esta elección, aparte de reflejar el sentir y el apego que el autor siente hacia su tierra natal, es pertinente desde un punto de vista histórico ya que, sin menospreciar la importancia que la insurrección tuvo otras partes del estado, esa contienda se decidió en el País Vasco. Desde esta óptica histórica, el escritor bilbaíno distingue tres etapas en el conflicto que podemos enunciar de la siguiente manera:

- La primera fase de la guerra, que se desarrolla entre los años 1872 y 1874, está marcada por el inicio de la insurrección armada y los avances de los ejércitos carlistas que culminan con la toma de Portugalete.
- La segunda fase de la guerra corresponde al sitio de Bilbao que tiene lugar durante el año 1874. Esta fase está caracterizada por la resistencia del pueblo de Bilbao y la derrota legitimista en Bizkaia.
- La fase final de la guerra abarca los años que van de 1874 a 1876. En esta última fase asistimos al declinar de ejército de Don Carlos hasta la “deshecha”.

3- UNAMUNO HISTORIADOR

Además de la vertiente literaria, esta obra tiene la clara intención de mostrar al lector la realidad histórica de unos acontecimientos, o más propiamente dicho, la interpretación que el joven Unamuno hace de los hechos históricos. El escritor bilbaíno aparece como relator de los acontecimientos que precedieron a la guerra, de la guerra misma y de sus consecuencias posteriores. Unamuno no se esconde y a lo largo de las páginas de esta obra muestra sus preferencias, entra a describir con valentía la composición social y las relaciones políticas, económicas y sociales que se daban en el Bilbao del último tercio del siglo XIX.

Para la realización de esta obra, Unamuno se ha documentado, ha recogido datos, ha hecho en definitiva, el trabajo de un historiador. Ha sido un trabajo duro que le ha llevado varios años de su vida, tal y como reconoce el propio autor:

“...La he pensado durante siete años; he recogido datos, observaciones, reflexiones y meditaciones sobre ella, pero la redacción definitiva la hice este verano (1896) en una aldea de mi Vizcaya... Con los andamios que he levantado para construirla podría hacer lo menos veinte tomos de una misma extensión ...” (4)

Para el estudio de una guerra civil es necesario interrogarse sobre las razones de la ruptura del equilibrio político y social. La historiografía de la época ayudó poco a Unamuno en esta labor. Ésta suministraba valiosa información en lo que respecta a episodios y anécdotas de la guerra pero de poco servía a la hora de analizar y entender las razones básicas del conflicto. Para los historiadores de la época, la guerra se produce casi por generación espontánea, porque las pasiones se han excitado demasiado. No la entienden y la analizan como el resultado de tensiones complejas. Unamuno con esta novela se comporta como un verdadero innovador en el campo de la historia, al intentar explicar la segunda guerra carlista desde una perspectiva global en la que los hechos históricos responden a realidades sociales y económicas muy profundas y complejas.

El relato de los episodios político-militares ocupa un lugar relativamente modesto en *Paz en la guerra*, por el contrario Unamuno dedica muchas páginas a reflexionar sobre las razones y circunstancias que rodean el acontecimiento. Como hemos señalado, en el capítulo primero, el escritor vasco examina en profundidad los años anteriores al inicio del conflicto bélico. Empieza señalando que esta contienda es la continuación lógica de una larga querrela dinástica que enfrenta a los liberales y carlistas. Nos muestra la evolución de estos dos partidos en el Bilbao de la época isabelina. Nos da cuenta de las razones que han provocado el enfrentamiento, de los triunfos y los fracasos de los dos bandos enfrentados, del fin del conflicto y de sus consecuencias inmediatas.

Unamuno realiza una pormenorizada descripción de los dos bandos enfrentados, podemos decir que el escritor se esfuerza por transmitir al lector el componente sociológico de las dos partes en conflicto. Y así vemos que estas dos corrientes ideológicas aparecen representadas en la novela por dos familias: la familia de Pedro Antonio representa a los carlistas y la familia Arana a los liberales.

Por lo que se refiere a los carlistas, Unamuno utiliza la tertulia para introducir los personajes que conforman el espectro sociológico del carlismo. La tertulia aparece en la novela como el núcleo más representativo del carlismo bilbaíno. La primera característica que podemos subrayar es que todos los asistentes a la tertulia, excepto Pedro Antonio, pertenecen a capas improductivas. Con esta elección, Unamuno ya está marcando con claridad cuáles son los intereses que defiende el carlismo y, por oposición, también los que mueven a los liberales.

La ideología del carlismo también aparece dibujada en la caracterización que el autor hace de los componentes de la tertulia, estos personajes expresan su añoranza del pasado a la vez que deploran la industrialización y la corrupción con la que ellos asocian el progreso.

Pero con la presentación que hace de la tertulia, Unamuno también nos transmite la idea de que el carlismo no constituía un bloque ideológico homogéneo y compacto. Al contrario, siguiendo las conversaciones y los debates que se dan en esa tertulia podemos concluir que dentro del carlismo hay diferencias de apreciación e incluso tendencias diferenciadas. Las posturas van desde los moderados que se muestran conciliadores (Don Eustaquio) hasta los más intransigentes que alientan la guerra y desean el exterminio de los liberales (el cura).

La fuerza del carlismo reposa sobre tres pilares fundamentales, son los siguientes: los viejos militantes afectos a la dinastía de Don Carlos, el fuerismo y el mundo rural. El fuerismo es un elemento importante del carlismo vasco. Según

Unamuno, el apego a la autonomía tradicional prevalece por encima de la adhesión a Don Carlos. La fuerza del partido carlista proviene del mundo rural. El liberalismo, en cambio, es un fenómeno eminentemente urbano y la oposición ciudad / campo va a jugar un papel importantísimo. El novelista abunda en los contrastes entre el campo y la ciudad, cuando describe las costumbres rurales o cuando hace hablar a los campesinos. Las preocupaciones del campo no son de tipo “revolucionario”, los campesinos se revelan contra todo lo que atente contra la estabilidad de su mundo. Hay una simbiosis entre el clero y el pueblo del campo. El sacerdote es escuchado porque es uno de los suyos, procede de su mismo medio social. Los curas juegan un papel fundamental, sus argumentos son pobres pero eficaces, insisten en la idea de que el progreso es corruptor y que la economía mercantil perjudica los intereses del pueblo campesino. Unamuno ridiculiza a los propagandistas de estas ideas pero constata que consiguen influir en el pensamiento de mucha gente.

También se nos muestra la realidad social del liberalismo bilbaíno a través de la descripción de una familia, los Arana. Esta familia representa a la burguesía urbana que se haya en pleno auge en la segunda mitad del siglo XIX. Estas familias burguesas han amasado fortunas no despreciables gracias al comercio. Son liberales pero sin renunciar al catolicismo, muestran siempre posiciones moderadas. En lo ideológico, esa burguesía liberal se mantiene a la defensiva y deja que los carlistas lleven la iniciativa siempre con posturas bastante radicales y maximalistas.

3.1- La guerra según Unamuno

El novelista atribuye el levantamiento a la agitación del clero, pero en Bizkaia, según Unamuno, se trata sobretodo de un sobresalto regionalista.

“... La mal ensamblada unidad española se resquebrajaba una vez más; los hijos del Pirineo y del Ebro se revolían contra el espíritu de la meseta castellana...”
(5)

Los carlistas consiguen constituir, en el País Vasco, un ejército capaz de enfrentarse a las tropas gubernamentales. Los sentimientos que mueven a estos combatientes no son uniformes. Algunos voluntarios se enrolan por razones de orden religioso o por seguir la tradición familiar pero también hay muchos que lo hacen movidos por un espíritu aventurero o por el deseo de encontrar un mejor empleo. Unamuno describe de la siguiente manera la variopinta composición del ejército carlista:

“... piadosos cruzados de alma pura, excongregantes de San Luis Gonzaga; carlistas de sangre, hijos de veteranos del 33; muchachos enamorados de la vida aventurera que desconocían, y ansiosos de hacer el héroe; aristócratas calaveras; hijos

de familia escapados de casa, habiendo entre ellos quien se había ido huyendo del efecto que habrían de producir en sus padres las calabazas de junio; desertores; aventureros de todas partes que acudían como zánganos a la colmena; gentes sedientas de venganza, otras; quien a que le pagaran tal cochinateda; quién a vengar la deshonra de su hermana, seducida por un negro; no pocos llevados por la nostalgia del combate, y los más sin saber por qué, porque iban los otros; de puro brutos muchos, de desesperación otros; por vivir sin trabajar los más...” (6)

Esta heterogénea composición lleva a Unamuno a concluir que el bando carlista no luchaba por la realización de un programa político definido, sino que buscaban más bien abolir que construir. Se trata de un movimiento de rebelión contra la civilización urbana y mercantil, contra la nueva ideología liberal que socava los cimientos seculares de la sociedad rural tradicional, contra las situaciones de injusticia que sufren de manera individual los sectores populares del campesinado. Alaba el carácter popular de la insurrección carlista, esa lucha es eficaz mientras es popular. Los jefes procedentes del pueblo son los más admirados mientras que los militares de carrera procedentes de la alta aristocracia son denostados.

“... ¡Qué entusiasmo el de los navarros por sus jefes, por Radica! Querían a los caudillos hechos por el pueblo, no a los impuestos por el Rey, a aquellos caudillos que tenían que ser los más bravos para justificar su puesto y conservar el prestigio. Murmuraban en cambio, de Dorregaray, el general en jefe, aquel fantasmón que se daba pisto con sus barbazas y su brazo en cabestrillo...” (7)

“Los jefes no nos quieren, porque quieren pastelear y pintar la mona. Batallas... Campaña... ¡Chanfaina! De eso se ríen ellos...” (8)

Unamuno sitúa como claro ejemplo de jefe militar surgido del pueblo al cura Santa Cruz. Su fama se debe a sus orígenes, a su carácter primitivo y a su independencia frente a los generales. Es un personaje controvertido que suscita el odio y el temor de los liberales y de los dirigentes carlistas pero que cuenta con un gran apoyo popular.

“... ¡Aquí está el cura Santa Cruz!, oyó uno de aquellos días al entrar en Elorrio, y sintió al oírlo el anhelo de un niño que va a ver el oso blanco, porque el país entero resonaba con la fama del cura de Hernialde, guerrillero legendario ya, de quien se contaban hazañas estupendas, tan exaltado por unos como por otros denigrado. Su paso era el terror; al sentirlo temblaban cuantos por algo se distinguían en el pueblo, mientras este le aclamaba frenético...” (9)

El escritor bilbaíno pone en el polo opuesto la actuación de la alta jerarquía

del ejército. En la obra, el papel del estado Mayor y de los militares profesionales aparece reducido. El fracaso en Bizkaia se atribuye parcialmente a las vacilaciones de las autoridades militares y a una concepción de la guerra inspirada en manuales de técnica militar que no valoran el impulso popular.

“...Recordaban a menudo las jornadas sangrientas del 24 y 25 del mes precedente, cuando tras larga caminata, llegaron desde Navarra a atajar el paso a Moriones, que iba a libertar Bilbao, Ollo les había arengado entonces; se estaba bombardeando a Bilbao; el rey les contemplaba; fueron cantando sus posiciones. El gallo republicano, pasada la ría de Somorrostro, les atacó de frente, por lo más difícil, según su modo; sus soldados envolvieron al Montañón, estando a punto de coronar su puntiaguda cima, trepando su pendiente cascajosa apaleados y casi borrachos, recibiendo fuego y piedras de la cresta. Entonces se remangaron ellos las blusas, y ¡a la bayoneta!; los alaveses les ayudaron por la parte de San Pedro, y el gallo republicano tuvo que retirarse, pedir refuerzos, y otro general que se encargase del mando. ¡Y no cogieron Bilbao entonces! ¡No se aprovechó aquella coyuntura para dar el golpe de gracia a la plaza sitiada! Siguió aquel estúpido bombardeo, lento, pesado...” (10)

Del mismo modo, en el bando liberal también cobra importancia la labor del pueblo. La valiente resistencia de los sitiados de Bilbao es ante todo un triunfo del pueblo urbano, gracias a las milicias populares de la villa los asaltantes no pueden conseguir su objetivo. Se produce un movimiento de resistencia frente a la agresión exterior que hermana a los habitantes de la villa.

“... El pueblo presentaba extraño aspecto; blindados los bajos de las casas, y formando aduares las familias recogidas en lonjas, tiendas, almacenes y sótanos, para proseguir el curso de la vida ordinaria en lo que dio en llamarse las catacumbas. El peligro aunó familias, hizo del pueblo todo una sola, apiñada frente a la suerte dura; andábase por la calle como de casa; un puchero hecho más de una vez en el portal, servía para más de una familia, y en un hogar ardía fuego de varios hogares...” (11)

Destacable es también el desprecio con el que Unamuno trata al pretendiente al trono. A lo largo de la novela encontramos pasajes donde Don Carlos es abiertamente cuestionado o ridiculizado.

“... el rey es otro pastelero... ¡Lo dicho! Ha puesto de comandante general de Guipúzcoa a ese tragasantos que no es guipuzcoano... ya sabemos lo que quiere el rey... Aquí no hay más que Don Manuel, ¿a quién temen los guiris? ¡Qué poco han puesto a precio la cabeza del rey!...” (12)

“...El rey les revistó cuando se hallaban todos en posiciones, paseando su cor-pacho, bandera de carne, como quien dice: “Aquí estoy yo, por quien os batís, jánimo!...” (13)

A medida que avanza la novela vemos cómo los dirigentes del bando carlista dan la espalda a los intereses de las masas populares. La guerra de guerrillas, popular, del principio ha sido transformada en una guerra de posiciones, una guerra técnica, profesional, fría y anónima, con artillería y trincheras. Las batallas de Somorrostro son significativas a este respecto. Esa “militarización” de un ejército de voluntarios provoca la ruptura entre los combatientes y el resto del pueblo. Desaparece el entusiasmo de los voluntarios.

“...Aquel tronar regular, lúgubre, en graves notas musicales, que se dilataban hasta morir derretidas en el silencio, hubiera sido en el mundo de los vivientes símbolos la solemne voz inarticulada del invisible y terrorífico dios de la guerra, divinidad marmórea y dura, ciega y sorda; no era el estruendo, la gritería confusa, la excitante bullanga del combate libre en que los combatientes se entremezclan. Y nada había allí que hacer, nada más que recibir resignados y a pie firme, con valor pasivo, los proyectiles...” (14)

Ya no tienen razones válidas para luchar, tan solo una especie de inercia trágica les impulsa a combatir.

“...Iban a la muerte con salvaje resignación, sin saber adonde, ni por qué, ni para qué iban a matar a un desconocido o ser por él muertos, resignados como pobres borregos cerrados a toda visión del futuro; morían absortos en la acción, sorprendidos en su esfuerzo por la muerte omnipresente...” (15)

La causa del Carlismo ha quedado anulada, matan y se exponen a morir, no por sus intereses sino por los intereses de sus explotadores.

“...Pero era brutal y sobre todo estúpido, realmente estúpido, totalmente estúpido. Se mataban por otros, para forjar sus propias cadenas, no sabían porqué se mataban....” (16)

A partir de ese momento asistimos a una guerra entre soldados profesionales. Nada fundamental les opone. Las negociaciones emprendidas en Somorrostro ponen de manifiesto que en las altas esferas hay una voluntad común de entendimiento, con menosprecio de los ideales y los intereses que empujaron a los dos partidos a enfrentarse con las armas en la mano. La muerte de los jefes militares populares (Olló, Radica, Andéchaga) significa el fin de la verdadera guerra. Somo-

rrostro implica un giro estratégico en el conflicto. Se asistirá después a una guerra sin vigor que deja la vía libre a las intrigas. Varios jefes carlistas buscan con más insistencia un compromiso con el adversario que garantice el reconocimiento oficial de sus grados. Desde ese momento, las discordias, las traiciones, y más tarde, las defecciones masivas se suceden en las filas del legitimismo; la guerra se acaba.

3.2- Las consecuencias de la guerra

Lo primero que resalta Unamuno en su novela es el carácter inhumano de la guerra, su crueldad. Nada más triste que esos campos llenos de cadáveres inocentes, esas vidas brutalmente interrumpidas producen en el autor una profunda desazón.

“...El suelo del campo de refriega estaba lleno de capotes, morrales, cartuchos, panes, mezclados despojos de unos y de otros, con la tierra comun, que recoge el pasado y encierra el futuro. Yacían unos cuerpos con los abiertos ojos fijos en el cielo, ojos ya soñolientos, ya negros de terror petrificado; otros parecían dormir; algunos tenían crispadas las manos sobre el arma; éstos, de bruces; aquellos de rodillas. Sobre el pecho quieto de uno reposaba el arma fría de otro. A unos les había sorprendido el supremo momento en el gesto último de la acción, absortos en la tarea, atentos a la consigna; a otros, en la laxitud del abandono; a quiénes, sobrecogidos por el terror; a quiénes, por la angustia; a quiénes por la languidez del sueño último, el del derretimiento...” (17)

Unamuno refleja con emoción el dolor silencioso de los padres que han perdido un hijo en la guerra y con él sus propias ilusiones.

“...Al recibir los padres de Ignacio la noticia de su muerte, desmayóse ella, exclamando: “¡Hijo mío!”. Y el murmurando con terrible serenidad: “¡Sea todo por Dios!”. fue a acostarse. Días después murmuraba todavía Pedro Antonio: “¡Sea todo por Dios!”. A Josefa Ignacia se le cicatrizo pronto la herida del alma, derramándosele el dolor por toda ella, y aletargándola...” (18)

A lo largo de la novela el escritor bilbaíno deja claro que desde el punto de vista humanitario, la guerra es absurda, no tiene ninguna justificación, ningún ideal puede explicar el desastre de la guerra. Las palabras inocentes de Rafaela a propósito de la muerte de Ignacio revelan este pensamiento de Unamuno. Pero vemos como el propio autor quiere dejar claro, con la respuesta del padre, el carácter utópico de estas posiciones pacifistas.

“...La verdad es -dijo Rafaela- que me parece un salvajada que los hombres se

maten por opiniones...” (19)

“...Ah, hija mía, tú no conoces el mundo –dijo el padre, mientras llevaba una tajada a la boca-. Es triste cosa, pero merecido lo tienen, si así escarmentaran...” (20)

Pero la guerra también provoca ciertas evoluciones, tras la destrucción viene la reconstrucción y se puede hablar de un cierto progreso tanto en las situaciones personales de los protagonistas como en la sociedad en general. Así por ejemplo vemos que gracias a la guerra se produce un desarrollo del comercio.

“...Llegó frente a su viejo tenderete y encontróse con que lo estaban reformando para establecer en su lugar una confitería de lujo...” (21)

Los más listos de cada bando han sabido valerse de la guerra para hacer evolucionar sus situaciones personales. Por ejemplo, Don José María, el antiguo jefe del partido carlista en Bilbao, se ha favorecido de la guerra y ha hecho lucrativos negocios.

“... Una mañana encontró Pedro Antonio a Don José María. El antiguo conspirador le habló con su habitual gravedad de barba de comedia, repitiendo a cada paso: “¡Lo que ahora nos hace falta es paz, paz!”. Andaba en negociaciones para comprar papel de la Deuda pública, la debida a la guerra en máxima parte: soñaba con los empréstitos que habría de emitir la nación, desangrada. Cobraría así con creces sus antiguas gestiones para colocar el empréstito carlista...” (22)

Don Juan Arana, el burgués liberal, ha aprovechado la guerra para comprar tierras, con esto satisface su vieja aspiración de llegar a ser “amo”. La propiedad terrateniente despierta en él el sentimiento patriótico y le incita a sumarse a los conservadores y se convierte en un católico ferviente.

“...Antes de acabarse del todo la guerra, y aprovechando sus efectos, había comprado don Juan tierras para hacerse propietario de campo, su sueño de oro. Poseer tierra era para él como ejecutoria de nobleza y consagración de su fortuna. Le llamarían “señor amo”; dispondría de votos en las elecciones; ponderaría la llaneza con que se trata en su país al rentero... Al encontrarse dueño de parcelas del suelo patrio, sintió reavivársele en el pecho el patriotismo: corroboráronsele los sentimientos conservadores, y se le fortificó la fe de niño y el respeto a la religión de sus mayores, empezando a oír misa diaria, ingresando en una congregación piadosa y haciendo la vista gorda a que su hija comprara la bula, avergonzado del juramento que de no comprarla hiciera a raíz del bombardeo...” (23)

La guerra ha modificado las relaciones de producción; algunos tradicionalistas se aburguesan, mientras que ciertos burgueses, comprando tierras, se rodean de los atributos de la clase privilegiada tradicional. Por el contrario, el pueblo que ha sido quien más a sufrido durante la contienda, se encuentra arruinado cuando cesan las hostilidades.

La guerra modifica también el tablero político. Se producen cambios y nuevos partidos sustituyen a los antiguos. El carlismo se desintegra. Solo una minoría sigue siendo fiel a la vieja ideología. El carlismo se va por el camino de la autonomía al reivindicar el reconocimiento de las “patrias regionales”

4- UNAMUNO POLÍTICO

La España que conoce Unamuno esta marcada por el encumbramiento de oligarquía compuesta de aristócratas terratenientes aburguesados y de burgueses que se ennoblecen y adquieren propiedades rústicas (el ejemplo de Juan Arana en la novela *Paz en la guerra*). El régimen político puede ser calificado como la caricatura de una democracia parlamentaria ya que de hecho se produce la dictadura de una minoría: La oligarquía apoyada sobre el ejército y la iglesia monopoliza con facilidad el poder político. Este monopolio del poder va a empezar a ser cuestionado durante la última década del siglo XIX, a causa de la corrupción y del fracaso de las empresas exteriores. La economía es eminentemente agrícola. La industria moderna es raquítica, se introduce de manera tardía y se concentra en unas pocas regiones. Las masas populares intentan manifestar su descontento pero su diversidad hace difícil que se de una convergencia duradera de intereses. En estos años se da igualmente un resurgimiento de los regionalismos y la aparición de movimientos nacionalistas. La debilidad de los partidos republicanos es una muestra de las vacilaciones y de la impotencia de las clases sociales a quienes representan. El movimiento obrero aparece dividido en dos facciones. Por un lado están los anarquistas que organizan potentes movimientos sindicales y recurren a acciones armadas en su lucha contra el capital. Y por otro lado están los marxistas o socialistas que son más débiles y que solo tienen implantación en algunas regiones industriales, entre ellas Bizkaia.

Unamuno como escritor aparece políticamente y socialmente comprometido y sus inquietudes ante el presente y el futuro influyen con fuerza en el estudio del pasado. En el terreno de la historia, Unamuno intenta dar una explicación racional del mundo. Su pensamiento evoluciona sensiblemente y se consolida en los años precedentes e inmediatamente posteriores a la publicación de la novela *Paz en la guerra*, esa evolución también afecta a la actitud política del autor.

Rechaza el sistema de la Restauración, rechaza los dos grandes partidos que se turnan en el poder, detesta a los que gravitan alrededor del poder y tiene poca confianza en la oposición. Se muestra crítico con el liberalismo español. Considera que no ha hecho más que reformas mediocres e insuficientes. En su opinión, la democracia en España es caricaturesca.

Desde 1892, el escritor simpatiza con las ideas socialistas. En 1894, ingresa en el partido de los trabajadores y hasta 1897, colabora de manera regular con el periódico socialista vizcaíno *La lucha de clases*. En esta época, parece convencido del triunfo inevitable del socialismo y del advenimiento próximo de una era de fraternidad universal en la que los ejércitos, las guerras y las fronteras nacionales desaparecerán. El carácter liberador del socialismo se extenderá a toda la sociedad e incluso las clases privilegiadas perderán sus temores y sus egoísmos. Sin duda, el socialismo del joven Unamuno se puede definir como utópico.

Pero estas ideas socialistas también van a evolucionar en el autor bilbaíno. Con el tiempo va a pasar del humanismo socializante, imbuido de cristianismo, al liberalismo “social”. Como militante se muestra cada vez más independiente de su partido, al que no duda en criticar cuando lo considera oportuno.

Por tanto, antes de la publicación de *Paz en la guerra*, Unamuno está animado por ideas de reforma social; ni siquiera su crisis religiosa de 1897 altera su adhesión a este ideal. Será más tarde, a raíz del fracaso de su intento de recuperar la fe católica, cuando el escritor abandone su progresismo confiado. Su escepticismo se acentúa alrededor de los años 1898 y 1899. El ensayo *La vida es dueño*, publicado en 1898 muestra ya un cambio de actitud que será claramente perceptible en los *Tres ensayos*, obra que aparece en 1900. A partir de este momento, toma distancias con el movimiento reformista, pierde la confianza en la posibilidad de una regeneración realizada gracias a las masas populares. Empieza a defender entonces la necesidad de una reforma dirigida y emprendida por las élites. Se acerca de este modo a un movimiento político e intelectual que predicaba en ese tiempo “la revolución desde arriba”. Unos años más tarde condena el regionalismo y el carlismo, dos movimientos que había estudiado con interés y por los que en otra época había sentido simpatía.

Durante un tiempo, cuando Unamuno habla de pueblo, se refiere ante todo al pueblo rural, ya que el proletariado moderno, organizado y vigoroso, se desarrolla más tarde. De ahí su interés por los problemas del campo y su empeño en acercar el socialismo al carlismo y al regionalismo. Pero esos campesinos vascos rebeldes no han triunfado. Según él, esas masas rurales han estado mal dirigidas. El autor cree que una burguesía dinámica debería haberse puesto al frente de ese movimien-

to. Pero el estudio de la sociedad en *Paz en la guerra*, nos revela que esta clase social no existe, los burgueses de la novela, don Juan Arana y sus amigos no están dispuestos a apoyar ninguna revolución y mucho menos aun a desencadenarla.

5- UNAMUNO FILÓSOFO

El escritor no se conforma con la lectura superficial de la historia, va un paso más allá y, al indagar en la intrahistoria, busca comprender el alma eterna que anima los acontecimientos. Comprueba que Castilla es el núcleo formador de la nación española y que ha castellanizado a las demás regiones, recibiendo su influjo. Esto hace de Castilla una especie de síntesis española. La nación así constituida desempeña un papel de primera importancia en el mundo, tanto en el aspecto material como en el espiritual.

La historia de España es la manifestación de un comportamiento humano particular, comportamiento derivado del temperamento español. Es lo que constituye la esencia de lo hispánico, lo que el joven escritor bilbaíno denomina como lo castizo. Unamuno busca al Hombre a través de los hombres. No se interesa por los conflictos que han enfrentado a los españoles, sino que intenta encontrar un común denominador entre todos ellos. Cree que puede profundizar el conocimiento del alma española analizando la filosofía de esa España castiza.

Analizando el pasado, descubre que, cuando se constituye la nación española, coexisten dos actitudes filosóficas diferentes. Por un lado están los denominados místicos, estos han adoptado una vida introspectiva, dando la espalda al mundo exterior y renunciando, por tanto, a su conocimiento. Esta actitud no es de rebeldía, ella muestra un grado de sumisión y de resignación. Esta postura filosófica mística se resume por la búsqueda de un acuerdo entre el mundo exterior y el mundo interior. Y por otro lado esta la corriente filosófica de los humanistas. Estos tienen el sentimiento de la naturaleza y el amor del conocimiento. Su intención es vivir de acuerdo con la razón por eso repudian la violencia y la guerra y se someten difícilmente a una ley exterior. Unamuno identifica la primera actitud con la España castiza, mientras que la postura de los humanistas es atemporal y universal.

Unamuno preconiza la europeización de España, y por tanto es más proclive a la actitud de los humanistas y condena la postura mística. Afirma que los caracteres castizos no son eternos, que si bien subsisten, lo hacen en estado de descomposición. Para él, la regeneración es inevitable y el humanismo es la verdadera doctrina liberadora. Pero su postura tiene matices y la condena que hace del casticismo no es total, en su opinión, en lo castizo hay que distinguir su esencia, que es algo positivo, de sus deformaciones o excesos. Por poner un ejemplo, podemos

decir que para Unamuno el personaje de Don Quijote encarna todo lo castizo, su verdadera esencia, pero a la vez sus excesos, en la medida que el personaje simboliza el carácter castizo hasta sus últimas consecuencias.

En un ensayo de 1898, el autor afirma que el pueblo es indiferente a la política y que prefiere vivir en la ignorancia. Considera que el pueblo español no solo no se interesa por el progreso, sino que se rebela contra los que tratan de hacer progresar las cosas. Unamuno renuncia también al progreso material y a toda visión histórica basada en la noción de evolución y progreso. A partir de ese momento, la regeneración colectiva por el camino de la transformación social pierde interés para él y afirma que lo que se tiene que dar es una regeneración individual.

Según él, el punto de partida de esta regeneración individual ha de ser el reconocimiento de la propia debilidad de cada uno de nosotros; luego, hay que rodearse de “resignación activa” para hacer frente a la insatisfacción que provoca en nosotros el presente y el pasado, y finalmente darse el optimismo indispensable para emprender el camino del futuro. Recomienda aislarse en el campo, con el fin de comunicar con el universo entero y evitar el determinismo social, no obstante hay que volver a la sociedad para vivir en ella. Debemos actuar en el mundo y saber como hemos de guiarnos en esa acción. Cada hombre ha de inventarse su propio porvenir sin dejarse influir por su pasado personal y sin que nadie condicione esa elección personal. Ha de animarle la ambición de llegar a lo absoluto y a un futuro ideal aun sabiendo que es inalcanzable. Pese a saber que se trata de una utopía, esa ambición hará que la búsqueda cotidiana sea más provechosa. La tarea del hombre no consiste en transformar la sociedad sino en hacer el bien al prójimo. El bien dispensado a un ser humano concreto es un bien hecho al hombre en general, a toda la humanidad.

Trata de conciliar la actitud de los místicos y de los humanistas. Desconfía de la preeminencia de la razón. En efecto, se rebela contra el imperio de la razón partiendo de una realidad concreta: el dogmatismo y la intolerancia de muchos españoles. La palabra idea es un concepto muy amplio, hasta el punto de afirmar que el hombre es la más rica de las ideas. Por eso cada individuo le parece más importante que las ideas que este pueda tener. Estas no son fuente de conducta, no generan la conducta, sino que son una justificación a posteriori que intenta explicar dicha conducta. Son por tanto un instrumento que nos permite conocer al hombre.

El escritor bilbaíno relativiza así el valor de las ideologías y de las verdades que estas pretenden detentar. Para él, la verdad no se alcanza con facilidad y la razón no puede por si sola llegar a ella. Cree que las ideas que sirven para vivir son verdaderas y que las otras son falsas. Unamuno opone una vida basada en la razón

con una vida basada en la Fe. Se trata fundamentalmente de vivir y vivir significa inventarse la vida. Es lo que hace la fe. Esta no consiste en una adhesión a una idea o creencia abstracta o lógica, sino a nuestra propia vida concreta. La fe consiste en trazarse su propia vida teniendo confianza en uno mismo.

Piensa también que el dogmatismo mata la vida, y la razón a menudo se opone a esta. La explicación racional del mundo es insuficiente y difícil. La comunicación del individuo con el mundo es indispensable, pero esa comunicación siempre es intelectual e insuficiente. Renuncia a una explicación racional y global del mundo y se propone utilizar todas las facultades, principalmente la imaginación para acercarse a la realidad, que es forzosamente compleja. A partir de ahí va a entender una nueva investigación filosófica.

Según él, cada pueblo posee una filosofía conforme a sus peculiaridades. Esta no se expresa siempre por medio de sistemas, a veces hay que buscarlas en las obras literarias. Hay que explorar nuevos terrenos y esa es la tarea de la filosofía española, para ello hay que plantearse “la necesidad de la sobrevida”. El hombre necesita “sobrevivir” y hay que despertar el instinto de perpetuación. El pueblo español posee en grado elevado este instinto, pero este instinto ha sido ahogado por los lógicos y razonadores. Don Quijote, el gran soñador de la vida ha sido derrotado y hay que resucitarlo.

Como hemos dicho, Unamuno piensa que hay que descubrir la filosofía de un pueblo en sus obras literarias, y así él no ha vacilado en exponer los aspectos fundamentales de su pensamiento en obras de ficción. Tras haber perdido la esperanza en la transformación social y no pudiendo resucitar la fe religiosa de su juventud, el autor de *Paz en la guerra* sitúa en el eje de su toda su obra los interrogantes acerca del sentido de la vida, más concretamente, preguntas en torno a cómo dar sentido a la vida individual, a cual es la actitud que el hombre debe adoptar y al porque esa vida carece de autenticidad.

Si bien esta evolución ideológica de Unamuno se produce a partir de 1904, a lo largo de su vida las preocupaciones siempre han sido múltiples, diversas e incluso contradictorias. Lo que cambia en realidad es el predominio de unas o de otras. Así en la obra del joven Unamuno encontramos ya elementos de lo que podríamos llamar “filosofía de la vida”, elementos que matizan su racionalismo y su militancia de la época.

La obra de ficción, por muy documentada que se pretenda, realiza una recreación del mundo por medio de la imaginación. Es una réplica del mundo real que no satisface, es en cierto modo una manera de rechazar ese mundo sustituyéndolo

por otro. Pero ese otro mundo debe asemejarse al mundo real puesto que el autor no puede desligarse de este. El genero literario que expresa esa doble actitud es la novela y por ello no resulta extraño que Unamuno ya en su juventud recurra a ella.

Paz en la guerra se sitúa en una etapa decisiva de la vida y obra de Unamuno. Cuando se publica, en 1897, el escritor vive una crisis religiosa. Poco después, al perder la fe, su pensamiento evoluciona hacia posiciones cada vez más espiritualistas. Esta novela puede ser considerada como el fin de una etapa en el pensamiento unamuniano y como el comienzo de una nueva. Es un punto de llegada del joven Unamuno y a la vez un punto de partida de una nueva etapa de su pensamiento.

Historia y novela van a convivir en el mismo libro. Unamuno analiza y estudia una realidad concreta, utilizando técnicas de historiador, pero necesita de la novela para dar cuenta de su actitud ante el mundo que le rodea. Siente simpatía hacia la causa del pueblo pero como historiador se ve obligado a narrar una derrota. Las conclusiones que saca del estudio histórico le enfrentan a toda la colectividad, su mayor ambición es poner fin a ese enfrentamiento, pero ¿cómo? De toda esa problemática da cuenta su novela.

6- ELEMENTOS DE LA REALIDAD VASCA EN “PAZ EN LA GUERRA”

6.1- Antecedentes literarios de la obra

Antes de escribir *Paz en la guerra*, Unamuno escribe varios cuentos que recoge en su libro *De mi país*. En estos cuentos, el escritor bilbaíno ya adelanta elementos y temáticas que posteriormente desarrollara en su novela.

Uno de sus primeros cuentos es el titulado *Solitaña* (24). Se puede decir que este cuento actúa como guión de la futura novela. Las dos obras comienzan con la descripción de una tienda de las Siete Calles de Bilbao, en el caso del cuento se trata de una tienda de tejidos y en la novela nos presenta una chocolatería. En ambos casos, el protagonista es un hombre del campo que ha llegado a ser comerciante en Bilbao. Los dos relatos insisten en el apego que el protagonista siente hacia su hogar y hacia su tienda, lleva una vida regular y monótona, y el campo ejerce sobre el un sentimiento de atracción. Pero entre ambos personajes también hay diferencias, mientras el protagonista del cuento era un aldeano mal adaptado a la vida urbana, Pedro Antonio es un representante de ese pueblo que soporta la guerra.

A Unamuno le gusta describir con profusión las costumbres populares. Podemos encontrar un paralelismo entre la descripción de las fiestas populares que el autor hace en su cuento *La romería de San Marcial: en Vergara* (25) y la que apare-

ce en la novela. En el cuento la romería es un elemento importante para subrayar la fraternidad que se desprende de las fiestas populares. En la novela también aparece una romería con sus bailes, a la que el autor atribuye una función vital y en la que refleja la solidaridad entre campesinos y guerrilleros.

La villa de Gernika ocupa un lugar importante en *Paz en la guerra* debido a los acontecimientos que en ella se producen y al valor simbólico de dicha población en la tradición vasca. Encontramos un artículo escrito en 1888 que tiene por título *Guernica* (26), en este artículo, el protagonista no siente ninguna emoción y no se siente atraído por las tradiciones o por el paisaje, lo que le atrae es la comida local. El autor a querido mediante este cuento oponer lo que el considera mitos nacionalistas con una visión fría de la realidad. Es un ataque contra ese regionalismo que Unamuno califica de mezquino. En definitiva es la versión complementaria de la que se da sobre este tema en la novela. El autor distingue lo que el denomina *regionalismo de los euskalerriacos* del de los *bizcaitarras*. Según el escritor, mientras los primeros aman a su tierra, los segundos detestan la de los demás. Hay que recordar que en esa época el autor de *Paz en la guerra* pertenecía al Partido Socialista que era hostil a las ideas de Sabino Arana. Esto no le impide, como hemos dicho, mostrar sus simpatías por el regionalismo de las masas campesinas no politizadas.

En la novela, Unamuno se muestra comprensivo con el odio que el personaje novelesco de Ignacio siente hacia la ciudad y las oficinas. Paralelamente exalta el amor que siente este personaje hacia la naturaleza y el campo. El sentimiento de la naturaleza es un elemento nuevo que aparece en la novela y que esta totalmente ausente en sus cuentos anteriores.

Otro tema que encontramos en la novela y que tiene antecedentes en cuentos anteriores es el tema de la oposición entre el campo y la ciudad. Aparece esta cuestión en el relato *Chimbo y chimberos* (27) que narra un día de caza de dos oficinistas de Bilbao. La historia se desarrolla en 1872 y el autor evoca la antipatía entre los habitantes del campo y de la ciudad, que desembocara en enfrentamiento cuando con motivo de la guerra los campesinos se vayan con los carlistas y los bilbaínos defiendan la causa de los liberales. En la novela este tema se amplía y profundiza. No se trata de destacar aspectos costumbristas, los campesinos dejan de ser aldeanos truculentos o ridículos, viven en un mundo a parte que se halla muy distante del universo urbano.

6.2- Análisis de la sociedad

Los personajes que aparecen en la novela pueden ser clasificados en tres grupos. Primeramente tendríamos los individuos cuya vida aparece descrita de una

manera pormenorizada, no es un grupo muy numeroso. A continuación nos encontraríamos con una serie de personajes que intervienen tan solo en una parte de la novela y luego desaparecen o resurgen esporádicamente. Y por ultimo aparece en la novela un conjunto de personajes que a menudo permanecen en el anonimato y de los que a menudo solo conocemos algunos rasgos. Esa masa de personajes anónimos dibuja una sociedad estructurada que ofrece semejanzas con la sociedad real. En las siguientes líneas vamos a tratar de analizar esta masa de personajes y la forma en la que Unamuno nos la presenta.

Un aspecto que Unamuno quiere trasladar a través de la descripción de estos personajes es la mediocridad de esa sociedad de finales del siglo XIX. Así podemos empezar comentando que con la descripción que hace de los miembros de la tertulia, el autor esta realizando un retrato colectivo del partido carlista de Bilbao de antes de la guerra. El escritor bilbaíno presenta brevemente a los miembros de esta tertulia, indicando su posición social y dejando entrever a través de sus declaraciones las preocupaciones, la ideología y el comportamiento ante la sociedad de estos personajes. La característica común de estos personajes es que cada uno reacciona ante los acontecimientos de acuerdo con sus intereses y creencias.

Unamuno incide en la descripción del aspecto sociológico del carlismo con la presentación que hace de los partidarios de Don Carlos que frecuentan el casino. Estos personajes tienen una participación muy secundaria y mediante su inclusión en la novela, lo que ha buscado el escritor es subrayar la importancia del movimiento regionalista frente al tradicionalismo a secas. En la novela, ideólogo de esta ultima tendencia es el castellano Celestino; más que al personaje, conocemos su ideología y su programa. Celestino aparece caricaturizado y el autor de *Paz en la Guerra* juzga sus posiciones ideológicas con severidad. La ocupación de este personaje también tiene su significación. Era abogado, profesión abundantemente combatida por Unamuno y sus contemporáneos, los abogados en esa época se ganaban con frecuencia la vida ejerciendo la política o realizando un matrimonio ventajoso.

Del bando liberal, solamente nos muestra los rasgos de Juan Arana, un comerciante relativamente culto, católico ilustrado y liberal moderado. Representa la burguesía mercantil ascendente de la segunda mitad del siglo XIX, que ha pasado del radicalismo y el anticlericalismo de la juventud a la moderación de la madurez, y ello en función de su ascensión social. Su hijo, el joven Arana, experimenta la misma evolución, pasa de ser exaltado en su juventud a ser moderado en el momento en el que debe elegir esposa y ponerse al frente de los negocios familiares.

Los niños y los adolescentes tienen una presencia en la descripción social que nos muestra Unamuno, se vale de los primeros para exponer el sistema educati-

vo de su propia infancia destacando su mediocridad. Tanto niños como adolescentes tienen concepciones simplistas y cerriles, se limitan a adoptar las ideas de los padres y reciben su herencia de odios.

Como hemos señalado más arriba la impresión general que se desprende de esa sociedad es la de mediocridad. Se trata de un mundo desprovisto de valores auténticos, victima de odios, que vive una especie de “paz armada” en espera del enfrentamiento sangriento. El autor ha realizado un riguroso trabajo de historiador y esta sociedad que dibuja en la novela es el reflejo de la sociedad real.

6.3- Crítica de la guerra

Siguiendo con la galería de personajes anónimos, Unamuno nos muestra siluetas de integrantes de lo que podríamos denominar pueblo llano de Bilbao, este pueblo lucha contra el absolutismo, el escritor elogia su disciplina y su valor sereno, este combate aparece tan legítimo como el de las masas campesinas carlistas que luchan por perpetuar su modo de vida. Estos son los aspectos positivos de la guerra, el autor trata con simpatía al pueblo combatiente de ambos bandos. Hay sin duda aspectos nobles en ese enfrentamiento, pero la guerra misma pondrá fin a esos valores positivos.

Por el contrario, Unamuno asigna un papel mediocre y nefasto a los dirigentes políticos y militares de ambos bandos. Son ellos quienes degradan la guerra, son incapaces de dirigir los acontecimientos que obedecen a impulsos de las masas.

Esa degradación afecta a todos. Los carlistas por un lado han reclutado a cantidad de jóvenes campesinos por la fuerza y por otro lado han recibido el apoyo de una masa de desocupados, fracasados y aventureros. Los partidarios de don Carlos no se encontraran con la guerra heroica que muchos soñaban, el enfrentamiento se convierte en una guerra de posiciones, anónima y sin gloria, penosa y cruenta. Surge la hostilidad entre civiles y militares, el casero deja de ser amigo fraterno del soldado carlista. En el Bilbao liberal, cuando a causa del sitio comienza a haber escasez de víveres y el fantasma del hambre aparece, hay gente que se dedica a hacer negocio y a explotar esa situación en su beneficio.

CONCLUSIÓN

Paz en la guerra constituye la síntesis y la culminación de la obra de juventud de Unamuno. El autor nos muestra su cara más política en el análisis del hecho

histórico. Hay un intento por parte del joven simpatizante socialista de ensalzar el componente popular del carlismo. El autor ve con simpatía el regionalismo que a su juicio es lo que mueve a la gente del campo a luchar en la guerra carlista. La conclusión que nos traslada es que esas masas populares campesinas tienen un anhelo de justicia que es manipulado por sus dirigentes. Considera que estos sectores populares campesinos son “recuperables” para la lucha por el ideal de una sociedad más justa. Por eso Unamuno quiere transmitir a lo largo de toda la novela su admiración por el campo, en numerosos pasajes alaba el modo de vida rural y las costumbres del campo.

Como hemos dicho el joven Unamuno ha abrazado la causa del socialismo. Esta posición ideológica influye en la manera de narrar el hecho histórico. La novela es una fiel narración de la realidad histórica pero en ella no encontramos el relato de grandes batallas y entre sus protagonistas no aparecen grandes personajes históricos. El escritor bilbaíno prefiere aproximarse a la realidad histórica de la guerra carlista en el País Vasco desde la descripción de la vida de personajes anónimos. El autor busca narrarnos el día a día de la gente corriente del pueblo, relatarnos la forma en la que esa gente vive la guerra, describirnos sus sentimientos y la manera en la que el conflicto afecta a sus vidas. Unamuno quiere relatarnos el hecho histórico a través de la “intrahistoria”. Esto es completamente coherente con la posición ideológica del joven escritor. Los protagonistas de la historia no son ni los reyes, ni los grandes militares, ni los dirigentes políticos. La historia la hacen los pueblos, el protagonista de la Historia es el pueblo llano, el conjunto de personajes anónimos.

Por último podemos resaltar el rechazo que Unamuno muestra hacia la guerra. Aunque admira ciertos valores que se ponen de manifiesto en la situación límite de la guerra, como por ejemplo puede ser el sentimiento de solidaridad colectiva y de unidad que surge entre los habitantes de Bilbao durante el sitio al que sometieron los carlistas a la villa bilbaína, el autor cree que la guerra en sí es degradante para la humanidad. Toda la novela es un alegato contra la guerra, el pueblo llano es la víctima de un conflicto del que se benefician los grupos que controlan el poder. La guerra carlista aparece en este sentido como una lucha por el poder en la que el pueblo está inmerso a causa de la manipulación de los políticos, la Iglesia etc...

Notas bibliográficas:

- 1- Unamuno: P. G. Austral, nº 179, p. 9.
- 2- En el artículo Los nombres de las calles publicado el 13 de abril de 1886 en el periódico *El Norte*, Unamuno combate el proyecto municipal de cambiar algunas calles del casco viejo bilbaíno. En muchos artículos, firmados bajo el seudónimo de Exóristo

y publicados en el periódico *El Nervión* a lo largo de 1893, Unamuno se interesa por problemas de urbanismo en Bilbao.

3-Por ejemplo el artículo titulado “Guernica” aparecido en el *Noticiero Bilbaíno* el 31 de agosto de 1885 bajo la firma de Yo mismo. En el mismo periódico publica el artículo titulado “El orfeón de Iparraguirre firmado por Tu amigo”, en el que defiende la autonomía vasca.

4- Carta de Unamuno a Clarín (fecha el 31 de diciembre de 1896), *Epistolario a Clarín*, Madrid 1941, pp. 42-43.

5- UNAMUNO, M., Paz en la guerra, Tafalla, Txalaparta, 2008, p. 124

6- UNAMUNO, M., op. cit., p. 122

7- UNAMUNO, M., op. cit., p. 124

8- UNAMUNO, M., op. cit., p. 119

9- UNAMUNO, M., op. cit., p. 114

10- UNAMUNO, M., op. cit., p. 224

11- UNAMUNO, M., op. cit., pp. 174 - 175

12- UNAMUNO, M., op. cit., p. 118

13- UNAMUNO, M., op. cit., p. 228

14- UNAMUNO, M., op. cit., p. 228

15- UNAMUNO, M., op. cit., p. 237

16- UNAMUNO, M., op. cit., p. 246

17- UNAMUNO, M., op. cit., p. 243

18- UNAMUNO, M., op. cit., p. 254

19- UNAMUNO, M., op. cit., p. 254

20- UNAMUNO, M., op. cit., p. 255

21- UNAMUNO, M., op. cit., p. 296

22- UNAMUNO, M., op. cit., p. 298

23- UNAMUNO, M., op. cit., p. 299

24- Publicado por primera vez en El Diario de Bilbao, del 16, 17 y 19 de junio de 1888 y recogido en el libro De mi país.

25- Cuento publicado en La Voz de Guipúzcoa en 1888 y reproducido en *De mi país*.

26- Publicado en el Diario de Bilbao y recogido en el libro De mi país.

27- Publicado en El Nervión en enero de 1892 y reproducido posteriormente en libro De mi país

Bibliografía:

UNAMUNO, M., Paz en la guerra. Tafalla, Txalaparta, 2008.

EXTREMIANA, J., La guerra de los vascos en la narrativa del 98. San Sebastián, Aramburu, 1983.

ORTIZ ALFAU, A. M., Bilbao en la obra de Unamuno. Bilbao, Caja de ahorros vizcaína, 1986.

YANKE, G., AGIRREAZKUENAGA, J., Unamuno y los vascos del 98. Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 1999.